

Mauro Emiliozzi

esperaactiva@gmail.com

Asociación de Filosofía y Liberación (AFyL - Argentina)

LA RADICALIDAD DEL OTRO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL PUEBLO

UN DIÁLOGO ENTRE LA LÓGICA POPULISTA Y LA FILOSOFÍA
DE LA LIBERACIÓN

Resumen: *En el presente trabajo intentaremos establecer un diálogo entre la dimensión estratégica de la política presente en el populismo de Ernesto Laclau y algunos aspectos de la filosofía de la liberación de Enrique Dussel. Ambos autores ofrecen una mirada alejada del dogmatismo, presentando alternativas que nos invitan a repensar las experiencias político-sociales que América Latina reproduce periódicamente.*

Palabras clave: *Populismo, Filosofía de la liberación, Otredad, Heterogeneidad*

The radical nature of the Other in the construction of the people. A dialog between the populist logic and the philosophy of liberation

Abstract: *In this paper we will try to establish a dialogue between the strategic dimension of Ernesto Laclau's politics of populism, and some aspects of Enrique Dussel's philosophy of liberation. Both authors offer a distant view of dogmatism and present alternatives that invite us to rethink the political and social experiences that take place periodically in Latin America.*

Keywords: *Populism, Philosophy of liberation, Otherness, Heterogeneity*



Perspectivas

A medida que la dialéctica de las clases sociales comienza a ser cuestionada –incluso desde el propio marxismo– y reaparece la noción de Pueblo como categoría emergente, se inicia un debate que con sus intermitencias se mantendrá vigente hasta nuestros días. Surge de este modo, la posibilidad de pensar en el antagonismo como reemplazante de la idea de contradicción material en la construcción de lo estratégico. Se comienza entonces a valorar lo contingente de lo político, por sobre las determinaciones de lo económico (y en general de la base arquitectónica estructura/superestructura), ensanchando así el campo de posibilidades de lo real.

Siguiendo a Enrique Dussel (1996: 60), ponemos el acento en aquello que en Ernesto Laclau aparece como lo heterogéneo, es decir, como en el afuera respecto de la totalidad constituida por un escenario político donde se expresan los antagonismos. Ese Otro, como anomalía, es aquel que nos permite comenzar a pensar en una construcción de lo popular en su entera complejidad, a partir de una interacción con las particularidades que se inscriben en un campo antagónico respecto del sistema imperante.

Dussel –discutiendo con Hegel– describe a la totalidad del sistema como “lo mismo”, y lo enfrenta a esa emergencia de lo “Otro”. A lo mismo, no le queda otra realidad que su propio retorno o reiteración, es decir, la reproducción del sistema y de las relaciones de dominación que lo definen positivamente. Pero esa totalidad nunca llega a ser el todo, porque más allá de ella existe el rostro del Otro. La experiencia del encuentro cara a cara con ese Otro rompe el esquema de la cotidianidad, y de algún modo se vuelve el punto de partida para el cuestionamiento de una relación de dominación determinada (sea esta de carácter económico, social, cultural, étnico, sexual, otro). Esto acontece porque la experiencia del encuentro con el Otro no es pura intersubjetividad establecida en el marco de una eticidad en común, sino que el Otro me interpela siempre a partir de su diferencia. “Más allá de la totalidad está el Otro en su libertad, en su palabra que irrumpe en mi mundo; pero en el fondo, si es realmente de otro, irrumpe siempre como interpelación, porque surge desde más allá de la totalidad” (Dussel, 1995: 120).

Dussel (2009: 125, 126) comparte con Laclau la crítica al dogmatismo de cierto marxismo instrumental que ha caído en el reduccionismo. Por eso, el filósofo de la liberación



hace descansar su teoría en la categoría de Pueblo, aunque a diferencia de Laclau, cargará a este concepto con un contenido ontológico positivo. De todas formas, el propio Dussel reconocerá que esa ontología deberá ser superada mediante su politización.

En este punto el filósofo del populismo también discute abiertamente con Hegel. Es precisamente lo heterogéneo, lo disruptivo frente a la totalidad cerrada de la dialéctica lo que lejos de ser un excedente sin importancia –como en el caso de los pueblos “sin historia”– cobra protagonismo. Sin embargo, Laclau no alcanza a exponer la verdadera radicalidad presente en lo heterogéneo. El valor que le otorga a este concepto es siempre dentro de los marcos de su propia propuesta, donde se valora a la política en términos de estrategia, de articulación. Tal vez por eso finalmente concluye que “la heterogeneidad habita en el corazón mismo de un espacio homogéneo” (Laclau, 2005: 191).

¿Qué ocurre entonces cuando la realidad de exclusión comienza a ser clave, cuando el excedente heterogéneo –o lo radicalmente Otro– no puede ser integrado a través del propio sistema? Aparece ahí la posibilidad de pensar en una apertura de los márgenes de la política, en un enriquecimiento de las interrelaciones entre aquellas particularidades que buscan la conformación de una identidad popular. “Por lo tanto, los términos de la alternativa están claros: si el exceso heterogéneo puede ser contenido dentro de ciertos límites, reducido a una presencia marginal, la visión dialéctica de una historia unificada podría mantenerse. Si por el contrario, prevalece la heterogeneidad, las lógicas sociales deberían ser concebidas de una manera fundamentalmente diferente” (Laclau, 2005: 180).

Retomando esta idea, intentaremos corroborar su alcance a partir de tres experiencias históricas, las que claramente implican una dislocación del sistema imperante en cada coyuntura. Incluso –más allá de la evidente diversidad de cada experiencia– veremos aparecer un elemento constante que nos interesa: el significativo vacío, encarnado en la manifestación de lo radicalmente Otro. A partir de la articulación de estos dos núcleos fundamentales para cada uno de nuestros autores, quedarán abiertos algunos interrogantes. ¿Puede pensarse al significativo vacío como el lugar donde lo radicalmente Otro se manifiesta, irrumpiendo para provocar una dislocación? ¿Puede pensarse ese lugar

de la heterogeneidad, que en principio es ubicada en los márgenes de lo político, como el elemento particular capaz de articular lo diverso?

Descamisados

El 17 de octubre de 1945 resulta un punto de inflexión en la historia argentina. Tras el golpe de Estado que en 1943 puso fin a la denominada Década Infame, la realidad social en una Argentina que incipientemente comenzaba a industrializarse no había variado demasiado. En lo que respecta al mundo del trabajo, había varias centrales obreras representando a diversas tendencias ideológicas, algunas de las cuales fueron fustigadas y/o disueltas por el régimen militar. En ese contexto aparece la figura del coronel Juan Perón, quien comienza una tarea de construcción política afirmada en el movimiento obrero. Este actor social hasta ese momento no había sido tenido en cuenta por los sectores dominantes que disfrutaban de los beneficios de un modelo de crecimiento basado en la exportación de materias primas (fundamentalmente del sector agropecuario). Tal era la marginalidad del movimiento obrero, que el organismo público que atendía sus inquietudes, se reducía a un intrascendente Departamento Nacional de Trabajo, el cual cobra el rango de Secretaría a partir de la gestión de Perón. A partir de allí, la paulatina irrupción de los sectores obreros organizados en la vida política nacional provocó gran descontento entre las capas más conservadoras del gobierno, y finalmente el 12 de octubre Perón es encarcelado. Como es sabido, el 17 amanece en medio de una masiva movilización popular que quedaría marcada a fuego en la historia del país y cambiaría el rumbo de la política nacional de manera irreversible.

El caso de Perón como significativo vacío es –hasta en la sonoridad propia de su apellido– tal vez el ejemplo más recurrente. También resulta un lugar común presentar al viejo líder como el emergente de una coyuntura social, es decir, un producto de la historia en un sentido hegeliano. ¿Pero qué es lo que esa historia y esa coyuntura social que describimos nos muestran como elemento distintivo? Si bien las luchas obreras en Argentina datan de principios del siglo XX, no fue hasta la aparición del peronismo que el movimiento obrero organizado logró convertirse en un sector



gravitante. Lo distintivo fue precisamente la aparición de ese Otro que amenazaba con dislocar la estabilidad del sistema vigente. La clase obrera aparece en escena no como resultado de una agudización en las contradicciones de la sociedad (el peso específico del proletariado urbano en una Argentina incipientemente industrializada era aún relativo), sino como expresión de una otredad sin una identidad constituida: apenas “descamisados” para los sectores conservadores, simple lumpenproletariado para la izquierda tradicional...

Desaparecidos

El 30 de octubre de 1983, Raúl Alfonsín gana las elecciones presidenciales derrotando al justicialismo, el cual hasta el momento había sido el eje aglutinante de los sectores populares a partir de sus construcciones de tipo populista. ¿Cómo fue posible esto, habida cuenta de que el radicalismo había sido –al menos desde la irrupción del peronismo– la expresión política de las clases medias, con una presencia muy marginal dentro de los sectores populares? Este análisis hay que realizarlo a partir de la aparición de un nuevo significante vacío, un nuevo actor social que representó a partir de su demanda particular la posibilidad de una nueva cohesión popular. Alfonsín no desconocía esta situación y la prueba de ello es la postulación de su proyecto político bajo el rótulo de “tercer movimiento histórico”. Por otra parte, la consigna “con la democracia se come, se cura y se educa” plasmaba con claridad el deseo de condensación de las demandas particulares en una que las englobaba a todas y que las unificaba: la democracia. Pero falta aún ubicar el elemento heterogéneo, la Otredad radical. En este caso, la más radical en la que se pueda pensar.

¹ Desde la Campaña al Desierto en el siglo XIX, la Semana Trágica o el bombardeo a Plaza de Mayo, hasta la Triple A.

Si bien hacia 1976 la historia argentina contaba ya con graves ejemplos de violaciones a los derechos humanos¹, no fue hasta la última restauración de la democracia que la sociedad en su conjunto cobró cabal conciencia de la importancia de lo que se ponía en juego. La figura del desaparecido implica tal vez la Otredad más radical en la que pueda pensarse (basta con recordar el macabro cinismo del dictador Videla cuando afirmaba que “el desaparecido no puede tener un tratamiento especial, porque es una incógnita, no tiene entidad, no está”). Paulatinamente –y a partir de la prédica de los organismos de derechos humanos– comenzó a superarse la idea de

que se trataba de “un problema de los otros”, de los que “andaban en algo”, y ese Otro comenzó a ser el reflejo de lo propio, convirtiéndose de ese modo en un problema social. La exigencia de “aparición con vida” trascendió el ámbito de demanda de los familiares de las víctimas, para convertirse en una demanda popular (en el sentido de Laclau). La falta de libertades mínimas y el deterioro de la economía fueron demandas democráticas que se articularon en ese reclamo de “aparición con vida” y “castigo a los culpables”, anhelo que solo fue vislumbrado como posible a partir de la figura de Alfonsín, frente al riesgo de frustración que implicaba un posible pacto de impunidad entre el gobierno militar, sectores del sindicalismo y el Partido Justicialista. Precisamente por ese motivo, estos sectores tradicionales resultaron incapaces de cristalizar tras de sí el tipo de articulación populista de la que hablamos, y de la que habían sido protagonistas en épocas pasadas. Es notorio que del mismo modo que ocurre con conceptos como igualdad, libertad, orden o justicia (Laclau, 2005: 126), la palabra democracia no puede contener en sí misma un rol semántico positivo, ya que su realización depende de las condiciones y del momento histórico de referencia (en este caso, la Argentina posdictadura).

Posteriormente, la historia devino frustraciones y desencantos, pero está claro que en aquella primavera democrática existió una construcción equivalencial de tipo populista, otra vez alumbrada a partir de la emergencia de una particularidad aglutinante, donde la Otredad jugó un papel primordial...

Piqueteros

Finalmente, nos adentramos en una experiencia que por su actualidad nos sigue interpelando como sujetos sociales. El estallido del 19 y 20 de diciembre de 2001 vino precedido por una creciente oleada de resistencia de los sectores populares a las políticas neoliberales impulsadas por Carlos Menem y su continuidad en el gobierno de la Alianza.

Durante la década del 90, a partir de lo establecido por el Consenso de Washington, se derivó en un escenario de desempleo masivo que propició la aparición de un nuevo actor social: el desocupado. El desempleo estructural ubicó a millones de argentinos en los márgenes del modelo, lo cual implicó una ruptura profunda en los lazos sociales.



Ante la imposibilidad de acceder al consumo más básico, este creciente sector de la población quedó por fuera de una totalidad establecida sin aparentes fisuras a partir de un modelo sustentado en la “estabilidad” monetaria, pero que vaticinaba una nueva dislocación en el futuro cercano. El estallido de 2001 estuvo signado por dos consignas fundamentales: “que se vayan todos” y la tal vez menos difundida “piquete y cacerola, la lucha es una sola”.

¿Qué es lo que condujo a pequeños y medianos empresarios, estudiantes de clase media, productores agropecuarios o ahorristas estafados (muchos de ellos con miles de dólares en el banco) a identificarse con el hambre y la desocupación, con ese Otro radical que interpelaba al conjunto social a partir de sus necesidades? Tal vez la respuesta requiera de una profundidad que no estemos posibilitados de pensar aquí y ahora, pero lo que sí podemos afirmar es que la presencia de ese Otro nos llevó en determinado momento a pensar que todos –aún circunstancialmente– podíamos serlo. “El otro como otro, es decir, como centro de su propio mundo (aunque sea un dominado u oprimido), puede decir lo imposible, lo inesperado, lo inédito en mi mundo, en el sistema” (Dussel, 1996: 61).

La primera consigna que mencionábamos, y que de manera automática capitalizó los ánimos de la movilización popular, “que se vayan todos”, derivó finalmente en una nueva frustración colectiva. Se identificaba al antagonista (el “todos” era la clase dirigente tradicional corrompida), pero no aparecía dentro de la cadena equivalencial que propone la articulación populista aquel líder o referencia política que pudiera asumir el rol condensador que la coyuntura requería...

Conclusiones

Los derechos de los trabajadores descamisados, los derechos humanos vulnerados por el Estado terrorista y el reclamo de “pan y trabajo” de los desocupados pasaron de así de ser demandas democráticas signadas por la particularidad, a demandas populares. En los dos primeros casos, la articulación populista abrió la brecha para la construcción de una sociedad más integrada que la precedente (el Estado de bienestar del primer peronismo y la restauración del orden democrático en el 83). En el tercer caso, la ausencia de la figura del líder fue tal vez el elemento determinante para

que la brecha abierta en el sistema derivara en un escenario político complejo, el cual es objeto de arduos debates hoy día.

Estamos a partir de aquí en condiciones de afirmar que la articulación populista asume un sentido transformador, progresista y verdaderamente democrático cuando se logra ensanchar el espacio de lo político para incorporar dentro la dimensión del Otro, de aquel que expone en la radicalidad de su particularismo, la posibilidad de redención colectiva en su correspondiente coyuntura histórica. Por otra parte, si bien la aparición de cada nuevo antagonismo resulta contingente respecto del análisis formal de los procesos políticos, la posibilidad de surgimiento de una otredad radical—ocupando en cada caso el lugar de dicha contingencia— se manifiesta como una certeza.

Lo que en todo caso aparece como una constante es la circunstancia a partir de la cual el orden que se constituye a sí mismo como totalidad, nunca es capaz de subsumir dentro de sus fronteras al conjunto de las particularidades. De ese modo las diferencias que quedan por fuera de dicho orden —como elementos cuasirresiduales— se convierten paulatinamente en una Otredad potencial, la cual es capaz de generar nuevos antagonismos a medida que se va radicalizando su situación de exterioridad. La articulación estratégica de una política pensada desde la perspectiva de la liberación, implica entonces la posibilidad de construir alternativas a partir de las cuales lo popular no sea otra cosa que el escenario donde el Otro, lo heterogéneo, pueda afirmar su voluntad, su existencia, su identidad y su utopía.

Bibliografía

- DUSSEL, Enrique (1995). *Introducción a la filosofía de la liberación*. Bogotá: Nueva América.
- DUSSEL, Enrique (1996). *Filosofía de la liberación*. Bogotá: Nueva América.
- DUSSEL, Enrique (2009). *Política de la liberación. Arquitectónica*. Madrid: Editorial Trotta.
- LACLAU, Ernesto (1986). *Política e ideología en la teoría marxista*. Madrid: Siglo XXI.
- LACLAU, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



Fecha de recepción: 21 de julio de 2015
Fecha de aceptación: 9 de setiembre de 2015



